

sin otra comunicacion con la plaza que la que pudiera recibir desde lo alto de la muralla. Las rondas nocturnas, cuando pasaban por ella, se asomaban al muro, preguntaban si habia novedad, contestaba el centinela desde abajo y pasaban de largo.

Una noche.... es decir, en aquella lúgubre noche del mes de Enero ó Febrero de 1844, eran soldados del provincial de Almería los que cubrian el servicio de *Florentina*; gruesas nubes rodaban por el firmamento y la natural lobreguez se aumentaba con la sombra que proyectaban los vapores tempestuosos que venían del nordeste: rugían las olas en las rocas vecinas y el eco quejumbroso de las agitadas ondas se perdía á lo lejos en el fondo de la costa. A eso de las diez la primera ronda pasó por lo alto de la muralla y asomándose al borde el sargento Damian, que era el acompañante obligado de aquel servicio nocturno, hizo la pregunta de costumbre.

—*Florentina*, ¿hay novedad?

Pero un silencio lúgubre fué la contestacion que recibió. El centinela no habia dado la respuesta ordinaria. Creyeron el oficial que mandaba la ronda y el susodicho sargento Damian, que á causa de los silbidos del viento y de los pavorosos rugidos del mar no habia podido oír el centinela el llamamiento y por segunda y tercera vez hicieron la anterior pregunta, esforzando la voz todo lo posible. Pero el mismo silencio de antes fué la contestacion que obtuvieron. Convencidos de que alguna causa extraordinaria era la de no tener respuesta, el sargento Damian fué corriendo al Hospital que estaba inmediato, trajo una cuerda, ató á una de sus extremidades el farol alumbraba al centinela, caido en el suelo en medio de un charco de sangre!

Inmediatamente dieron cuenta al Gobernador, que era el Brigadier D. Demetrio María Benito; éste dispuso que se pusiera la guarnicion sobre las armas, y con las precauciones debidas se abrieron las puertas y rastrillos que conducían á *Florentina*, descendiendo á dicha guardia el mencionado Brigadier, el Coronel D. Luis de Gualda, el Mayor del cuerpo que lo era don José Porcel, además de un fuerte destacamento que los acompañaba.

Un silencio de muerte reinaba en aquel paraje: el centinela, atravesado por diversos golpes de guma, apenas conservaba un resto de vida; el rastrillo que comunicaba con el desembarcadero estaba abierto, y cuando entraron en el cuerpo de guardia, todos vieron con horror que el cabo y los tres soldados se hallaban asesinados. El cabo vivía aún, pero los demás estaban muertos.

En medio del espanto que producía aquel espectáculo, fué necesario tomar algunos antecedentes, y el centinela pudo declarar que se habia presentado un moro en la puerta exterior del rastrillo, diciendo que traía hueso, lo cual, en el lenguaje especial de los riffeños, significaba que conducía algun ganado para el abastecimiento de la plaza; cosa que no era la vez primera que ocurría el que aquella gente nómada y montaraz trajese, nadando por mar, algunas reses vacunas. El centinela dió crédito al moro, y en contra de la consigna recibida, le permitió que permaneciese en el desembarcadero. El moro suplicó enseguida que á causa del frio y del agua que las olas arrojaban sobre él, le permitiese entrar en el cuerpo de guardia, hasta tanto que al dia siguiente se abriesen las puertas de la plaza, á lo cual accedió por último el desdichado soldado.

Abrió el rastrillo, y caer sobre él cuatro ó cinco moros, fué cosa de un momento, acribillándolo á puñaladas; despues entraron en el cuerpo de guardia, donde los demás soldados estaban dormidos y acabaron con ellos. El cabo declaró que al sentir la primer herida despertó y luchó largo tiempo con un moro, hasta que, atravesado por varias partes, se fingió muerto. Consumada aquella obra de ferocidad, los moros se volvieron á arrojar al mar, desapareciendo entre las tinieblas.

En aquella misma noche murieron el centinela y el cabo, y al dia siguiente, indignada la guarnicion y deseando tomar venganza de tan bárbara alevosia, preparó el lanchon de la plaza, se embarcaron en él algunos soldados al mando de un oficial que acaso era hijo de la provincia de Almería, llamado, si no recuerdo mal, D. Pedro Trell, y envistieron contra un *carabo* que iba en demanda de Orán. Allí pasó una escena sangrienta y terrible, y las aguas del Mediterráneo se mancharon de abundante sangre mora.

He creido oportuno reproducir este episodio para demostrar que esa capital, aunque en pequeña escala, ya tiene de antes dolorosos agravios que lamentar de la fé punitiva de los africanos. Hoy es Bu-Ame el verdugo de las hecatombes de Saida; entónces fué un tal *Jame-teerde* el principal autor del degüello de *Florentina*. Estuvo preso; no se le pudo probar nada, y se le puso en libertad, en vez de haberlo fusilado, porque el destino nuestro es perder siempre cuando se trata de las cosas de Africa.

Dispensen Vds. si al exponerles un recuerdo del tiempo viejo, tengo que apelar á un tristísimo acontecimiento que acaso aumente el luto y la indignacion de que todos estamos poseídos; pero cabe otra cosa cuando el alma está dormida por el horrendo cuadro que ofrece lo que ha sucedido en la provincia de

Orán? Vds. con su ilustrado y humanitario pensamiento lo dirán. Si mi óbolo es funesto y lamentable, lamentables y funestas son las causas que lo producen. En tanto tiene el honor de saludarles, el que, identificado con su bella y generosa empresa, se ofrece como su más *intenso* amigo s. s. q. b. s. m.

Torcuato Tarrago.

AYER Y HOY.

Ayer, sangre, niebla oscura,
pesares, pavor, quebranto;
grito, muerte, desventura,
y sobre mares de llanto
la nube de la amargura.

Hoy, su dulce claridad
la fé vierte en lotananza
y rompe la oscuridad,
sobre el mar de la esperanza
el sol de la caridad.

Narciso Díaz de Escobar

LA HIPOCRESÍA.

Entre todos los vicios que á la humana sociedad aquejan, es el peor de todos este de la hipocresía, por el cual los seres se muestran en la apariencia adornados de grandezas y condiciones de que en realidad carecen.

La mayor parte de los vicios, no obstante de lo que degradan y en vilecen, revelan en la franqueza de sus manifestaciones, energía, virilidad y valor personal en quien los resiste, en tanto que la hipocresía, cobarde y astuta siempre, anida sólo en corazones débiles y fementidos, incapacitados para todo lo grande y para todo lo bueno.

La tiranía de las creencias, de las preocupaciones y de las costumbres que exige que el hombre sea como suponen que debe ser, ahogando toda iniciativa individual, es la causa única y exclusiva de la hipocresía.

El Gran Galeoto (ya que el señor Echegaray ha vulgarizado la frase) del hipócrita, lo es la sociedad, hasta el punto que, respetándola y tolerándola, prefiere la hipocresía á la ingenuidad del que dice en voz alta lo que todo el mundo piensa y hace *sotto voce*, por contrario que sea el patron y norma preestablecidos por las venerandas tradiciones. Porque, como decía el inmortal Figaro; no recuerdo en qué lugar y forma; el gran arte de la vida consiste en callar lo que se piensa y pensar y medir lo que se dice.

Cuando las leyes divinas, por ejemplo, se hallan en oposicion con las leyes naturales, como éstas han de cumplirse necesaria y fatalmente, la hipocresía entónces ordena ceder y practicar en su lugar las se-

en secreto ley de